

FRANCISCO M. GIMENO BLAY

SCRIPTA MANENT
DE LAS CIENCIAS AUXILIARES
A LA HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA

Edición a cargo de M.^a Luz Mandingorra y José V. Boscá

GRANADA
2 0 0 8

Reservados todos los derechos. Está prohibido reproducir o transmitir esta publicación, total o parcialmente, por cualquier medio, sin la autorización expresa de Editorial Universidad de Granada, bajo las sanciones establecidas en las Leyes.

© FRANCISCO M. GIMENO BLAY (Ed.)

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Scripta manent. De las ciencias auxiliares a la historia de la cultura escrita

ISBN: 84-000-000-0 Depósito legal: Gr./0000-2008

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: García Sanchis, M.J., Granada

Imprime:

Printed in Spain

Impreso en España

A Pedro Arroyal

ÍNDICE

<i>Nota de los editores a cargo de M.^a Luz Mandingorra Llavata y José Vicente Boscá Codina</i>	11
I. ESCRUTANDO EL PASADO	15
1. Al principio	17
2. «Sobre la enseñanza de las escrituras antiguas» .	25
3. Alcanzar la verdad. La erudición decimonónica española estudia los testimonios escritos medievales	41 75
II. CONTROVERSIAS Y PROPUESTAS	77
1. Presentación a <i>Escribir y leer en Occidente</i>	
2. <i>Scripta manent</i> . Materiales para una historia de la cultura escrita	87
3. Estático vs. dinámico: Formas de comprender la escritura	107
4. La historia de la cultura escrita y la erudición clásica	129 151
III. LAS PRÁCTICAS DE ESCRITURA: UNA DOBLE MIRADA .	
1. Los analfabetos y la administración. Notas sobre su relación a través de la escritura	153
2. Mecenazgo y libros de horas en la Baja Edad Media	161
3. Capitales renacentistas, libros humanísticos. Representaciones de la cultura escrita en la pintura valenciana (XV-XVI)	171

4. «missivas, mensageras, familiares...». Instrumentos de comunicación y gobierno en la España del 500»	193
5. «Défense d'afficher». Cuando escribir es transgredir	215
6. Conservar la memoria, representar la sociedad .	237
7. Quemar libros... ¡qué extraño placer!	259
IV. <i>A posteriori</i>	289
Índice de obras citadas	299
Relación de manuscritos citados	337
Relación de pinturas citadas	341
Láminas	345

NOTA DE LOS EDITORES

Todos los que han seguido el curso más reciente de los estudios históricos sobre la escritura y los testimonios escritos son conscientes de las transformaciones que se han producido, en el ámbito de investigación propio de las Ciencias y Técnicas Historiográficas, a lo largo del último cuarto del siglo XX. Sin lugar a dudas, si hay una trayectoria significativa en relación con este proceso de cambio, que ha contribuido decisivamente a la definición de un espacio de investigación nuevo, conocido como Historia de la Cultura Escrita, esta es la que muestra la obra de Francisco M. Gimeno Blay. Seguir el curso de la misma es una de las posibilidades que brinda la presente publicación. Por otra parte, hoy, en un momento en el que, indudablemente, la Historia de la Cultura Escrita constituye ya un espacio de investigación consolidado, resulta oportuno hacer balance, examinar críticamente el camino recorrido y sentar las bases del trabajo futuro. A todo ello pretende contribuir, aunque sea modestamente, este libro.

La selección de trabajos que se ofrece ahora, obviamente traza una imagen parcial del autor, enfatiza, quizás, la vertiente más vinculada a esa renovación de estudios. Esta es la razón por la que el lector no encontrará aquí algunas de sus más notables contribuciones al ámbito de los estudios paleográficos construidas desde una perspectiva eminentemente erudita.

La colección de artículos recopilados en este volumen se dispone de acuerdo con una estructura que pretende mostrar dos focos de interés dentro de la actividad investigadora desarrollada por el autor. Por una parte, incluye algunas de las aportaciones más sig-

nificativas en las que este estudioso ha prestado atención a los aspectos de orden metodológico y epistemológico vinculados a la investigación en Ciencias y Técnicas Historiográficas. Por otra, presenta una muestra de aquellos trabajos en los que, al tiempo que hacía suyas innovadoras propuestas de análisis aplicadas a los testimonios escritos, abría puertas a la investigación, incorporando objetos de estudio nuevos o descuidados hasta ese momento.

Al primero de estos dos planos o vertientes que alimentan la obra corresponden los apartados *Escrutando el pasado* y *Controversias y propuestas*. En *Escrutando el pasado* quedan incluidos aquellos ensayos en los que se reconstruye la trayectoria historiográfica de las llamadas Ciencias Auxiliares de la Historia, desde sus inicios hasta su consolidación a finales del siglo XIX, y se reflexiona acerca de los efectos de la misma en la posterior orientación de los estudios en Ciencias y Técnicas Historiográficas. En este sentido, se ha considerado conveniente empezar el recorrido con la primera parte (*Al principio*) del trabajo publicado originalmente con el título *De las Ciencias Auxiliares a la Historia de la Cultura Escrita*. Como el lector podrá comprobar, se puede establecer una continuidad, tanto en lo relativo a los contenidos como en cuanto a la cronología que se abarca, entre este texto y los dos trabajos que aparecen a continuación: «*Sobre la enseñanza de las escrituras antiguas*» y *Alcanzar la verdad. La erudición decimonónica española estudia los testimonios escritos medievales*. Por otro lado, en *Controversias y propuestas* se encuentran reunidos cuatro trabajos presentados por el autor en distintas reuniones científicas celebradas entre los años 1993 y 2001. Se trata, sin lugar a dudas, de las más notables contribuciones de este autor a la reflexión sobre el quehacer de las Ciencias y Técnicas Historiográficas, a la definición de la llamada Historia de la Cultura Escrita y al establecimiento de las relaciones, necesarias, entre las disciplinas eruditas y este nuevo espacio de investigación.

En el tercer apartado, *Las prácticas de escritura: una doble mirada*, se incluye una serie de estudios, guiados algunos por la voluntad de incorporar objetos tradicionalmente descuidados por la investigación de las Ciencias y Técnicas Historiográficas; cabe citar en este sentido, únicamente a modo de ejemplo, las escrituras marginales o las manifestaciones de escritura presentes en la

pintura medieval y renacentista. Otros, en cambio, muestran una apuesta decidida a favor de la transversalidad cronológica y disciplinar que caracteriza a la Historia de la Cultura Escrita; es el caso de *Conservar la memoria, representar la sociedad y Quemar libros... ¡qué extraño placer!* Todas estas aportaciones participan, a su vez, de esa «doble mirada» de acuerdo con la cual el análisis en profundidad de los testimonios escritos es complemento necesario a la aproximación en superficie que hace posible percibir la imagen de conjunto.

Además de toda esta serie de artículos previamente publicados, la obra cuenta con un nuevo texto del autor, un epílogo que, bajo el título *A posteriori*, hace balance del camino recorrido hasta el momento presente.

Con el fin de evitar repeticiones innecesarias en las referencias bibliográficas presentes en el aparato crítico de cada uno de los trabajos incluidos en el libro, se ha seguido un procedimiento de citas unificado de acuerdo con el sistema autor-año, al tiempo que se han realizado aquellas actualizaciones y ajustes que han sido considerados oportunos.

El libro se completa con el correspondiente *Índice de obras citadas*, así como con las relaciones de manuscritos y pinturas citados a lo largo de la misma. Más allá de su dimensión meramente funcional, estos anexos finales muestran en gran medida esa doble perspectiva que ha caracterizado la trayectoria investigadora del autor y de la que este libro ha pretendido dar cuenta.

M.^a Luz Mandingorra Llavata
José Vicente Boscá Codina
Universitat de València

I. Escrutando el pasado

AL PRINCIPIO

El año 1681 publicaba en París Dom Mabillon su *De re diplomatica libri sex* ¹, como respuesta al modelo de análisis crítico de los documentos antiguos —preferentemente medievales— formulado por Daniel van Papenbroeck en su conocidísimo y polémico *Propylæum antiquarium circa veri ac falsi discrimen in vetustis membranis* ², publicado en 1675, en el volumen II de los *Acta sanctorum aprilis*. A Mabillon cupo, pues, la fortuna de ser quien por primera vez formuló el corpus de la crítica erudita aplicada a los documentos antiguos, las *vetustae membranae* de Papenbroeck. Con ellos comenzó una larga trayectoria tendente a configurar un conocimiento empírico que permitiría valorar concienzudamente determinados testimonios escritos del pasado.

El camino recorrido desde finales del siglo XVII hasta la actualidad ha sido largo y rico en acontecimientos y contribuciones. El resultado lo constituyen las denominadas ciencias

Este texto es el primer epígrafe del ensayo titulado *De las Ciencias Auxiliares a la Historia de la Cultura Escrita*, València. Ed. Universitat de València, 1999, («Arché» núm. 3). Dicho ensayo fue utilizado por primera vez en la conferencia pronunciada por el autor en el curso *Noves històries?*, en la Universitat d'Estiu de Gandia (julio de 1998).

1. Cfr. J. Mabillon, 1681.
2. D. S.J. Papenbroeck, 1675.

auxiliares de la historia; conjunto de disciplinas eruditas que no siempre, a lo largo de esta trayectoria, estuvieron al servicio de la historia (ya fuera erudición eclesiástica, positivismo, u otra forma de análisis histórico). Muchos fueron los beneficiarios de este saber empírico. Al principio, desde los inicios hasta la mitad del siglo XIX, los más interesados en su estudio fueron principalmente la historiografía eclesiástica y los tribunales de justicia encargados de dirimir los asuntos concernientes a propiedades cuya posesión estaba en litigio. Amén de las pruebas textuales ³, que muestran la estrecha vinculación existente entre los tribunales de justicia relacionados con los procesos de incorporación de tierras y la erudición, quisiera presentar en esta ocasión un testimonio iconográfico que nos ayudará a rescatar el mundo de los usuarios de la erudición dieciochesca. La tercera edición, napolitana, del *De re diplomatica* ⁴ presenta al principio de cada uno de los libros integrantes un grabado que, a modo de frontispicio, ayuda a contextualizar el discurso erudito que prosigue. Tres son las imágenes ⁵ presentes (Láms. 1, 2 y 3). Tres únicas escenas constituyen el programa iconográfico completo, global. La primera —al principio de los libros primero y cuarto— muestra una biblioteca en la que Dom Mabillon habría obtenido la información necesaria para escribir las reflexiones incluidas en el *De re diplomatica*. Su viaje italiano —como advierte la inscripción del pie del recuadro: *In itinere nostri auctoris italico perlustrantur multæ Bibliothecæ, ac præsertim cœnobiorum instituti S. Benedicti. En Bibliotheca Casinensium* ⁶ (Lám. 1)—

3. Un análisis de la particular situación española puede encontrarse en F. M. Gimeno Blay, 1986.

4. Publicada en Nápoles en 1789.

5. Sobre la autoría de los grabados y las circunstancias que rodearon la edición napolitana del *De re diplomatica*, cfr. el estudio de N. Barone: 1911.

6. «Durante el viaje italiano de nuestro autor se examinaron con atención muchas bibliotecas y, especialmente, las de los monasterios benedictinos. He aquí la biblioteca de los de Casino»; cfr. N. Barone 1911: 5-6.

le habría permitido entrar en contacto y conocer *in situ* las características textuales y materiales de los documentos alto y bajomedievales italianos. Los archivos y bibliotecas benedictinos le habrían descubierto el conjunto de pergaminos en ellos conservados y que sirvieron para elaborar el cuerpo doctrinal de la crítica empírica de los documentos.

Más interesante, en relación con los usuarios de la obra, resulta la segunda escena, que preside el inicio de los libros segundo y quinto. En esta ocasión se representa un tribunal dispuesto en torno a una mesa redonda, en la que se sientan ¿jueces togados? en número de diez y dirigidos por el presidente del tribunal sentado en el centro y en posición elevada. Los ocupantes disponen, sobre la mesa, de papel y tinta para anotar cuanta información reciban de los letrados que dialogan en el exterior. Fuera del espacio, digamos, judicial, demarcado por una balaustrada, letrados y un monje ¿cartujo? conversan a propósito de textos y documentos escritos. La escena, casi con toda seguridad, se repetiría en todos los tribunales de justicia encargados de resolver y solventar los pleitos ocasionados por la posesión de tierras. También aquí la inscripción hace posible comprender aquello que aparece en la imagen. El texto dice así: *Discutitur an genuina aut falsa sint diplomata a carthusianis Patribus exhibita*⁷ (Lám. 2).

Se trata, en consecuencia, de la vista oral de una causa, cuya resolución depende de la autenticidad o falsedad de ciertos diplomas presentados por monjes cartujos. Quisiera reclamar, en este momento, la atención sobre la palabra *diplomata*, nombre que recibían los privilegios reales en la época medieval y que, además, da origen al término *diplomática*. La antigua diplomática, desde Mabillon, seleccionaba del conjunto documental ciertos textos, prestando una atención especial a los privilegios: imperiales, pontificios, reales, etc. Había poderosas razones para

7. «Se discute si acaso son auténticos o falsos los diplomas presentados por los padres cartujos»; cfr. N. Barone 1911: 6.

ello: la existencia de los señoríos feudales europeos, creados en época medieval, se fundamentaba en la existencia o no de un diploma real mediante el que se enajenaba una parte del patrimonio monárquico y con el cual se iniciaba el proceso constitutivo del dominio territorial de una institución eclesiástica o, incluso, de un laico. El objetivo, por consiguiente, de la erudición eclesiástica era el de encontrar las garantías jurídicas que legitimaban sus posesiones. Así pues, no resulta extraño que el texto y la información que transmite irrumpa con fuerza y vigor logrando una posición hegemónica. Comprender el texto, para así conocer la verdad de ciertos acontecimientos, constituye la exigencia clave, fundamental, por una parte; por otra, resulta una necesidad de primer orden descubrir la autenticidad o no de la información contenida en los mismos. De ello obtendrían provecho, como afirmara J. Mabillon refiriéndose a la utilidad de la diplomática:

*non solum ecclesiastica & civilis historia, sed maxime privatorum hominum ecclesiarumque fortunæ plurimum pendeant ex ejusmodi monumentis*⁸.

Las circunstancias y acontecimientos históricos trasladaron a un lugar destacado la información textual del pasado. Absortos y atentos en esta búsqueda, pasaron por alto todos los condicionantes materiales que, como lenguajes, tejieron la urdimbre de la memoria escrita que el transcurso del tiempo permite que calificuemos de histórica. Entre los olvidos capitales figuran la *escritura* y el *escribir*, sustantivo e infinitivo, que pasaron de ser capacidades intelectivas dinámicas a oscuros objetos estáticos que servían únicamente para transportar textos de un lugar a otro, de los tiempos pretéritos a los venideros, y nada más.

Ante la *verdad* última, la transmitida por el arcano, todos se postraban y todos la veneraban, cuando no la idolatraban. El

8. Cfr. J. Mabillon: 1681, *Liber primus, caput primus*.

triunfo del positivismo situó los saberes eruditos en un estrellato efímero, llegando a identificar la Historia con el conjunto de las operaciones metodológicas que permitían desvelar la autenticidad de la información transmitida. También aquí emergía el texto como lugar de interés; como el túnel del tiempo que permitía dialogar con el pasado y así recuperar lo acontecido, olvidando las condiciones de posibilidad y de existencia misma de los textos, del propio archivo y, en definitiva, de la cultura escrita, una parte fundamental de la memoria. De ahí que la historiografía positivista acudiese obediente y con reverencia a consultar los fetiches, los documentos, que le descubrían la verdad que deseaba encontrar. Las ciencias auxiliares, y con ellas una parte fundamental de la erudición clásica, debían permitir la utilización —con las mayores garantías posibles— de una parte de la memoria histórica de las sociedades pretéritas, que los historiadores han decidido transformar en fuentes informativas del pasado.

Tanto la erudición eclesiástica como el positivismo empírico olvidaban, en sus respectivas búsquedas, que la exactitud de los acontecimientos está en íntima relación con el *orden del discurso* —a la manera de Foucault⁹—, con la ficción literaria implícita y con la subjetividad inherente a cualquier construcción discursiva.

La verdad perseguida exigía la consideración de un tiempo corto, un tiempo uniforme, sin rupturas ni discontinuidades. Se requería un tiempo embalsamado, como el postulado por la erudición eclesiástica del siglo XVIII, o incluso el defendido por la erudición al servicio del positivismo empírico. Sólo había existido el tiempo en el que se crearon los textos, pretérito y extinguido ya; una vez creados se habrían desplazado a una especie de limbo en el que habrían permanecido hasta el presente. El tiempo, en esta ocasión, habría servido para depurar los textos de la subjetividad que los caracteriza.

9. Cfr. M. Foucault: 1973.

De ese modo gozaban de la objetividad venerada que merecen los restos, escritos o no, de un pasado más o menos remoto. Los historiadores, al seleccionarlos los rescatarían y los devolverían, momentáneamente, a la vida en la medida en que servirían a modo de vehículo con el que alcanzar lo acontecido. Con ellos se trasladaban en el tiempo, convirtiéndose en notarios y jueces de los acontecimientos pretéritos; por eso el historiador no debía aventurarse más allá de los límites concretos y precisos de la información contenida. Ahora bien, si entre el texto y nosotros situamos el tiempo de vida de la memoria escrita, éste *no* nos permite creer de forma ilusoria en la verdad. La verdad se desvanece. El texto no es el resultado de una acción concreta en un momento preciso, es también resultado de toda su existencia, de cuando ha sido utilizado o cuando ha sido olvidado en el silencio de los archivos y bibliotecas y ha estado esperando que alguien lo leyese. Ciertamente el decurso temporal ha dejado una huella indeleble en la memoria escrita que ha llegado hasta nosotros. Dos aportaciones, una de Jorge Luís Borges y otra de Emilio Lledó, muestran hasta qué punto el devenir temporal ha ido posándose sobre los textos. Borges propone: «Si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde el día en que fue escrito ¹⁰»; y Emilio Lledó, refiriéndose a la filosofía platónica, recordaba:

«Pero después de ese inicial momento, todo el acervo de cultura filosófica se ha consolidado como tradición y esa consolidación la expresa el texto, la obra escrita. La filosofía occidental no son sólo las notas que, a pie de página, se han puesto a Platón sino las incesantes notas, escolios, comentarios, que la filosofía se ha ido poniendo a sí misma» ¹¹.

Además, en la conservación del patrimonio textual ha influido también el silencio. La «memoria está hecha, en bu-

10. Cfr. J. L. Borges 1998: 23.

11. Cfr. E. Lledó: 1991, el pasaje citado en págs. 47-48; *vid.* también págs. 53 y ss.

na parte de olvido ¹²», han propuesto con gran tino Jorge Luís Borges y Mario Benedetti.

La tenaz averiguación de la verdad postulada no necesitaba conocer ni el espacio ni tampoco los productores y usuarios de la cultura escrita, porque los primeros estudiosos (los eruditos eclesiásticos) se identificaron completamente con los creadores de la memoria histórica escrita. El espacio de representación, en el que tenían lugar las acciones del pasado, no interesaba tampoco porque coincidía con el que habitaban sus primeros investigadores eruditos. Como corolario surgía una aparente neutralidad; pero esta simulada objetividad ocultaba un deseo, el de mantener a toda ultranza un modelo social en crisis, tambaleante, que encontraba la legitimidad de sus derechos en los viejos pergaminos medievales. Para la erudición así entendida, el pasado, atestiguado por los viejos documentos, en tanto que materia de estudio, se convertía en la pieza necesaria para fundamentar su visión del futuro, de un futuro en el que todo debía seguir igual, nada debía cambiar: así lo avalaba el pasado y los acontecimientos descubiertos por los textos. Los estudiosos se sentían intelectualmente satisfechos porque su contribución cimentaba la sociedad de la que ellos eran los principales beneficiarios. Más tarde, la historiografía positivista le adscribiría a la historia erudita el «descubrimiento y descripción de los hechos históricos ¹³». Para esta manera de entender las cosas «el pasado se nos presenta como un vasto campo, en el que el historiador tiene siempre que descubrir, en anchura y profundidad, nuevos horizontes y límites reales ¹⁴».

A finales del s. XIX, cuando el paquete de saberes eruditos identificado con las ciencias auxiliares se encuentra perfectamente definido y configurado, los historiadores se sintieron

12. Cfr. J. L. Borges 1998: 86.

13. Cfr. E. Lledó 1996b: 83.

14. Cfr. E. Lledó 1996b: 83.

aliviados, especialmente, porque dichas armas permitían alcanzar la verdad; el desasosiego inicial se desvanecía por momentos. La fase inicial de la investigación histórica, conocida como la heurística de las fuentes ¹⁵, permitía a los historiadores utilizar los testimonios escritos con todas las garantías.

15. Cfr. C. F. S. Cardoso 1981: 135 y ss.